



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

MARÍA

Duna Ramírez López



PRIMER PREMIO 2011

Aquella mañana, y como todos las mañanas anteriores en la última semana, la lluvia volvió a hacer acto de presencia. El frío insoportable y cortante como el cristal de aquel tres de febrero se había puesto de acuerdo con la época de exámenes, y así se lo aseguró a sí misma María. Mientras se preparaba un desayuno propio de uno de esos hoteles de dos estrellas que apuntalan la costa sur, observó el reloj de la cocina y advirtió que ya hoy se había retrasado con el comienzo de la preparación de su último examen, *Procesos educativos e innovación*. Sin prisas, y sin parar de pensar en cómo iba a organizar su día de estudio, tomaba un café caliente cuyo vapor, en su nariz fría y enrojecida, le producía un pequeño escalofrío en señal de alivio por las bajas temperaturas.

Una vez terminado todo el festín mañanero se sentó en su altar de la sabiduría, sabiduría que, por supuesto, no habitaba en su cabeza. Estaba abarrotado de todos sus apuntes, escritos a velocidad de electroencefalograma, y de otros tantos prestados para entender los propios. Allí todos los días hacía la misma promesa incumplida: «No me moveré de aquí en las próximas cuatro horas».

Aun así, María comenzó su jornada no sin antes ejecutar los malos hábitos que retrasaban su momento de estudio. Contó las páginas que le quedaban por saber; volvió a la cocina a por agua; y llamó por teléfono a Isa, compañera a la que considera Dios y a la que siempre le pregunta qué cree que va a salir en el examen, sin caer en la ignorancia de la respuesta... Pero, si algo estaba claro, es que María se había vuelto esclava de la web de la ULPGC. La visitaba cada diez minutos para consultar de forma exasperada si habían colgado la nota de algún examen que ya había realizado.

Sus manos eran la única parte del cuerpo que no tenía abrigada aquella mañana. Sus dedos descubiertos y congelados golpeaban como pequeños cubos de hielo el portátil, a la vez que sentía cómo se desentumecían y se tornaban más ágiles a medida que escribía. Siguió los mismos pasos de siempre. Introdujo sus datos, cliqueó en el Campus virtual e hizo un repaso de todas las asignaturas: *Psicología del desarrollo, Comunicación oral y escrita en lengua castellana en el entorno profesional...* Nada nuevo. Todo como la noche anterior. Lo siguiente fue mirar su correo universitario y, como siempre, había de todo. María hizo un visionado rápido y no faltaban los mensajes habituales sobre las actividades culturales, el aula de idiomas, las becas..., pero uno en concreto llamó su atención: El Premio de Relato Corto. De manera automática, lo consultó. Consistía en relatar de forma breve, sin superar los ocho folios, algo que versara sobre la vida universitaria. Nunca había sentido

pasión por escribir y su lectura no iba a hacer despertar al García Márquez que nunca llevó dentro. Más bien sus breves escritos podrían compararse con cualquier pie de foto de la revista *Hola*.

Sin embargo, pensó que su recién estrenada experiencia universitaria era digna de, como mínimo, ser relatada y guardada en documento de Word dentro de su ordenador personal, para así tenerla a mano y leerla cuantas veces quisiera. Así evocaría lo vivido en la Facultad de Formación del Profesorado.

Cerró su portátil y volvió a coger sus apuntes para leerlos. Uno de los primeros temas hablaba de los elementos del currículo en Educación Infantil y enseguida asomó en sus labios una sonrisa al pensar en la conversación telefónica que mantuvo la noche anterior con su amigo Sergio.

—Hola, María. ¿Cómo lo llevas?

—Pues mal. No hay manera de entender el Currículo de Infantil.

—¿El Currículo de Infantil? ¿Desde cuándo los niños tienen currículo?

Ambos se rieron a carcajadas y de buena gana con los comentarios de Sergio. Fue entonces cuando María recordó qué rápido había pasado todo y cuántos cambios había tenido en el último año.

Recordó lo difícil que fue tomar la decisión de dejar su trabajo; el mal trago de hablar con su jefe para comentarle que se marchaba a estudiar; la despedida de sus compañeras, que ya eran como hermanas; los primeros meses como desempleada; la escasa independencia económica; la incertidumbre de las decisiones; y, sobre todo, la preocupación por la edad. Volvió a sentir esa agitación epiléptica con el tema de la edad y dijo en voz alta: «¡Quién me mandaría a mí con treinta y dos años a empezar una carrera!».

Su andadura universitaria había sido como la odisea de Homero. Una vez superada la prueba de acceso a la Universidad para Mayores de 25, llegó el tan ansiado primer día. Después de no saber qué ponerse y de estarse arreglando como si de una entrevista de trabajo se tratara, salió de casa una hora y media antes para ir a la Facultad. Al llegar se encontró con dos problemas que la pusieron más nerviosa si cabía: primero, aparcar cerca del Obelisco, asunto que fue complicado; y, segundo, encontrar su clase.

Era un día de septiembre de calor pegajoso y su piel traspiraba de tanto ir de aquí para allá, hasta que por fin encontró su aula, la 0.7. En ese momento notó cómo las miradas de una veintena de jóvenes casi adultas, que esperaban junto a la puerta cerrada, se centraban en ella. Fue una situación un tanto incómoda, pues sentía como si esperasen que les hablase. Más tarde entendería que pensaban que era la profesora y que la miraban para ver si les hacía alguna indicación de pasar a clase.

Y así, poco a poco, se fueron desarrollando los días en la clase del grupo B del Grado de Educación Infantil. María, todos los días, sobre las tres de la tarde, iba de camino con su carpeta en mano y se sentaba en la parte de atrás del aula. Allí, escondida como un ratón, observaba cómo era esa generación de la que estaba rodeada y a la cual ella no pertenecía. Lo primero que le llamó la atención, seguramente por la competencia femenina, fueron los cuerpos tonificados y delgados de la mayoría de las chicas de la clase. Recordaba con gracia que ella, a los dieciocho años, también fue así y que ninguna ingesta masiva de bollería industrial parecía amenazar las formas de su cuerpo, pero, como era de esperar, eso no ocurrió, y al igual que se ganan años, en el caso de María, también se ganaron kilos. Nunca imaginó que las Converse de su época, que se vendían en unos cuantos colores primarios, ahora mismo tuvieran tantos dibujos y tonos diferentes. Eso, además de esas coletas imposibles, las rastas, los *piercing*, las camisetas con motivos de Hello Kitty... A María todo aquello la superaba un poco y dentro de su opaca vestimenta se encogía en de la silla.

Desde el comienzo surgieron los primeros chistes, que permitieron romper el hielo. Un día de tantos, en la presentación de una asignatura en la que ya le tocaba a María decir su nombre y su edad, una profesora comentó: «¡Vaya, pero si eres la madurita de la clase!». Presumiendo de su buen humor, no le quedó otra que reírse junto a sus compañeros.

Con el paso de los días cada vez se iba sintiendo más cómoda e incluso decidió modificar un poco su aspecto externo y llevar una imagen más informal. Como era de esperar, no pudo resistir la tentación de volver a llevar unas Converse. ¡Qué sensación de bienestar le proporcionaban unos vaqueros y aquellas condenadas zapatillas! Siempre fue una chica bastante abierta y con una notable facilidad para relacionarse, por lo que aprovechaba cualquier oportunidad para aportar ideas en clase. No le fue nada difícil, por lo tanto, adaptarse a su nueva situación y comenzar a mezclarse con el resto.

En los primeros descansos María ya salía con dos compañeras más a tomar aire. Una vez superado el ecosistema de la clase, tocaba superar el ecosistema del patio. Allí había todo tipo de alumnos imaginables: *heavies*, *hippies*, góticos, canarios, peninsulares, franceses, italianos... Jamás olvidará el impacto que le causó ver a ciertas tribus urbanas caminando por el patio. Algunas más que otras llamaron su atención y no pudo evitar poner cara de asombro ante ellas.

Cada vez se sentía más integrada y motivada con su nueva vida. Quería saberlo todo: cómo funcionaba la Universidad, en qué medida podía participar en ella y cómo se podía comunicar mejor con sus compañeros. Mientras todas estas cuestiones venían a su cabeza de novata universitaria, uno de sus compañeros le preguntó: «Oye, María. ¿Tienes Tuenti?». María, con cara de no entender en qué idioma hablaba, se apresuró a contestar: «¿Tuenti? ¿Qué es Tuenti?». Como era de esperar, María no tuvo más remedio que comenzar a utilizar esta red social para poder comunicarse con todos sus compañeros y así estar al día con las cosas de clase. Allí nuevamente descubrió qué hacía la generación que venía pisándole los talones. Para empezar, la página principal del tal Tuenti solía estar abarrotada cada lunes con fotos de los botellones y las salidas que realizaban sus compañeros durante todo el fin de semana. Además, María se iba enterando poco a poco de lo que iba sucediendo entre sus compañeros: quién se iba de viaje, quién rompía con su novio e incluso qué riñas podía haber entre amigas de clase, situación que le resultaba de lo más normal, puesto que ella misma, ya hace algún tiempo, pasó por todo esto, solo que, en vez de contarlo en la red, lo contaba en la plaza del barrio. Aun así descubrió que Tuenti le era de gran utilidad, pues allí podía hablar con sus *amigos* sobre asuntos de clase, comentar exámenes y, cómo no, ser, por fin, etiquetada en alguna foto.

Recordó que la primera de ellas fue precisamente una de un acontecimiento al que hacía años que no acudía, ya que su etapa de estudiante había quedado atrás hacía catorce años. La gran Fuga de San Diego le fue comunicada un miércoles a última hora. En menos de diez minutos se organizó todo un asadero. En general, la clase se organizaba muy bien a la hora de llevar todo a cabo, con la única excepción del transporte. La mayoría, con sus recién cumplidos dieciocho años, no tenía carné y el resto del grupo, que ya presumía de tenerlo, no tenía coche.

Fue así como María se encontró de repente en Alcampo haciendo una compra para treinta personas, puesto que era la única sin movilidad reducida. El día anterior le habían embotado la

cabeza con la bebida de cada uno: que si vodka caramelo, que sin ron Arehucas blanco, que si el amarillo... En fin, echó mano de su experiencia (que, al menos, en este caso le servía para algo) e intentó que, con los cinco euros que aportó cada uno, se hiciera un asadero en condiciones, y que no faltara nada. También realizó tareas de taxista, porque su coche iba con todas las plazas ocupadas hacia San José del Álamo, lugar acordado para pasar el día de la fuga. La mayoría quedó desde bien temprano en la estación de guaguas del Hoyo y, desde allí, ya todos juntos, aunque en su respectivo medio de transporte (la guagua o el coche con papá de piloto), fueron en dirección hacia aquel asadero que prometía ser mítico. María deseaba llegar y poder pasar un día tranquilo, sin clases. Un día en el que poder tener un contacto más profundo con los compañeros con los que ya tenía confianza, e incluso poder descubrir nuevas afinidades con aquellos con los que aún no había tenido la oportunidad de hablar. Pero este pensamiento tan ingenuo se frustró. Nada más llegar se dio cuenta de que todas las facultades coincidieron en el plan, y en aquella explanada ya no cabía un cuerpo humano más. Cada mesa podía tener alrededor de unas treinta personas y la música sonaba en cada lado de una forma y un estilo diferentes. Lo que en principio prometía ser una jornada tranquila y con unos pocos se convirtió en una macrodiscoteca en el campo, donde todos iban de allá para acá. A María, ante tal situación, no le quedó otra y, sirviéndose un cubata, se fusionó con el ambiente.

La Fuga de San Diego fue el principio de un nuevo hábito que se prolongó en el tiempo. Desde entonces, como se habían hecho muy buenas migas entre todos, las horas posteriores a las clases de los jueves se convirtieron en el desahogo de la semana. Desde las 20:45 h salían de la Universidad, casi a la par con el conserje. En la puerta se decidía el sitio donde esa noche se tomarían unas cervezas y hablarían de todas las cosas de clase. Como era de esperar, en estas reuniones no faltaban las tan socorridas y divertidas imitaciones a los profesores ni tampoco la queja continua del estudiante al que todo le parece mucho. María se daba cuenta de cuánto disfrutaba de esos momentos y de su nueva vida. Sentía una gran agitación en su cuerpo y se sentía más enérgica que nunca, pues ante ella se creaban nuevas oportunidades que creía perdidas desde hacía ya mucho tiempo. Además, volvía a tener en sus manos la posibilidad de poder encauzar su vida de nuevo, de retomar todo donde lo dejó hace ya algunos años, de crearse unas nuevas expectativas sobre su persona y formarse para ser quien deseó ser: una buena maestra de Infantil.

En ese momento volvió a la realidad de su día de estudio y consultó la hora. Durante unos segundos miró fijamente las agujas del reloj. Con sus ojos observaba cómo el segundero daba pequeños golpes en la esfera, mientras reflexionaba sobre que ya su vida no podía perder más tiempo. Rápidamente volvió a tomar sus apuntes y comenzó a leerlos por primera vez en aquella mañana, aunque esta vez no duró ni diez minutos con ellos en sus manos. Los soltó sobre el sofá que tenía al lado de su escritorio y volvió a abrir su portátil. Contra todo pronóstico previsible en los hábitos de María, no consultó la web de la ULPGC, abrió un documento de Word y comenzó a escribir: «Aquella mañana, y como todos las mañanas anteriores...».